

volvió la vista se encontró con los ojos de ópalo de Rugiero, y un ligero calosfrío recorrió todo su cuerpo.

Rugiero se puso en pié, y lentamente salió de la sala. Arturo no pudo hablarle una palabra, y permaneció todavía un gran rato sumergido en profundas cavilaciones.

## V

## La pobre familia.

Mientras que la música, el amor y el regocijo habian reinado en lo interior del espléndido salon del teatro, la tempestad y los relámpagos habian surcado el cielo, y la lluvia habia casi anegado las calles de la ciudad. Cuando Arturo salió del baile, los primeros rayos del sol comenzaban á disipar los negros nubarrones que durante la noche habian reposado sobre los edificios; el azul de las montañas con que termina la vista de las hermosas y rectas calles de México, estaba limpio y brillante, y por la cima de las mismas montañas asomaban los rayos de la luz nacarada de la aurora, que teñia de oro y de gualda las nubes que iban alejándose precipitadamente. Las calles estaban mojadas, el viento húmedo y penetrante; muchas de las casas, cerradas y silenciosas; se veia una que otra anciana que salia de la puerta de su casa, ó los criados y artesanos que, envueltos en sus largos sarapes, se dirigian á sus

quehaceres. Se escuchaba el sonido de dos ó tres campanas que llamaban á misa, y á este sonido pausado y religioso se unia solo el mugido de las vacas que se ordeñan todos los días en las plazas de la ciudad. El silencio, el frío, las misteriosas campanas que llamaban á los fieles á la oracion de la mañana, el cansancio y la irritacion febril que produce una noche de orgía, hicieron nacer en el alma de Arturo otro género de ideas. Al salir por las gradas del vestibulo, se desvaneció el prestigio y la fascinacion que se apoderaron de él pocas horas antes, cuando entró por ese mismo vestibulo iluminado con luces de colores y embalsamado por los aromas de las flores. Además, las últimas palabras de Rugiero lo habian desencantado de tal manera, que apenas hacia una noche que habia entrado en el torbellino del mundo, y sentia ya cansancio y fatiga.

—Miserable farsa! infame comedia la que se representa diariamente en la sociedad! dijo entre sí, y estreñando con cólera la flor que Aurora le habia dado, y que tenia prendida en su casaca. Si esta mujer, continuó echando á andar maquinalmente por la calle, me amara, seria el hombre mas feliz de la tierra; pero es ligera, frívola.... y hermosa como un ángel, por mi desgracia.

Arturo, como arrepentido, comenzó á componer cuidadosamente las hojillas de la rosa que hacia un instante habia maltratado.

—Y al fin de una maldecida diversion de estas, ¿qué otra cosa queda sino hiel en el corazon y cansan-

cio en el cuerpo? ¿Qué hace un jóven apasionado de una mujer que rie y que baila y que se vuelve una loca, sin hacer caso de otra cosa? Pero ¿y la flor, y sus sonrisas.... y el desafio? Ahora me pesa este compromiso; combatir y matar á un hombre por un insignificante pedazo de liston, es horroroso.

Arturo sacó el trozo de cáliga, lo miró un momento y lo acercó á sus labios.

—Oh! el pié que ha ligado este liston, es divino. Aurora me ama, no hay remedio; ó mejor dicho, yo la adoro como un insensato. Sí; combatiré con el capitan: me fastidia, lo aborrezco con toda mi alma. Si le mato, me fugaré, me iré á Europa de nuevo. Si él me mata.... mejor.... la vida me es odiosa.... Pero dejemos estas ideas tristes.... lo que me importa ahora es dormir, y de aquí á la tarde hay diez horas de tiempo.

Iba tan distraido Arturo con los pensamientos tumultuosos y encontrados que agitaban su mente, que no advirtió que se habia desviado del rumbo de su casa; y tal vez hubiera vagado por toda la ciudad, si al voltear una esquina no le hubiese sacado de su enajenamiento una voz tímida y temblorosa, que dijo: *Señor, una limosna.*

Arturo volvió la cara, y se encontró con una mujer tapada con un rebozo y unas enaguas blancas y delgadas, cuya vejez, á pesar de su aseo, se podia notar de luego á luego. Incómodo de verse así interrumpido en sus cavilaciones y detenido en su marcha, desvió con la mano á la mujer, y con voz brusca contestó: *Vaya á trabajar, y no moleste.*

Un ligero sollozo salió involuntariamente del seno de la pobre mujer, y con voz mas fuerte, dijo: *Señor; mi madre y mi padre se mueren de hambre.*

Había un no sé qué de profundamente doloroso y verídico en el acento de esta mujer, que Arturo se detuvo, y acercándose á ella, le dijo: Dónde están tus padres?

La mujer descubrió hasta la mitad de su cara. Arturo quedó un momento confuso y sorprendido, al notar que la miserable limosnera parecia un serafín.

—Bien, yo socorreré á tus padres, niña, le dijo Arturo; pero deja que vea bien tu rostro: pareces muy hermosa. La muchacha, con uno de esos movimientos admirables y divinos del pudor, cubrió un poco mas su cara, y solo dejó contemplar al jóven dos hermosos y apacibles ojos azules, de donde rodaban lentamente dos lágrimas, que brillaban como dos diamantes en la seda finísima de sus mejillas. Una que otra madeja de pelo rubio y brillante como el oro, se escapaba de entre el rebozo, y caía sobre una frente tersa, limpia y de la mas pura encarnacion. La luz de la mañana daba mas poesía y mas interes á la fisonomía de esta pobre muchacha.

Arturo, preocupado contra el mundo y contra la sociedad, dijo entre sí:—Vamos! esta muchacha vale mas con sus pobres harapos, que todas esas coquetas vestidas de seda con quienes he bailado esta noche... aunque probablemente la enfermedad de su padre y de su madre serán una fábula... Todo es mentira y engaño en este mundo... Pero, ¿qué pierdo en seguir

esta aventura? Sepamos dónde vive. Y luego, volviéndose á la muchacha, le dijo:

—Perdona, niña, que te haya tratado con dureza; pero te creia una de esas mujeres ociosas y perdidas que vagan por las calles. Conozco que efectivamente tienes necesidad. Toma.

Arturo sacó de la bolsa un peso, y lo dió á la muchacha.

Cáspita! dijo Arturo entre sí; un par de pesos se pueden gastar por ver la mano de esta criatura. En efecto, al tomar la moneda de plata, habia sacado la pobre limosnera una manecita rosada, perfectamente pulida y con unas uñas de rosa transparentes y delicadas.

—Señor, dijo la muchacha; Dios recompensará á vd. esta caridad.

—¿Podrás decirme tu nombre, criatura? le interrumpió Arturo.

—Me llamo Celeste.

—Celeste!

—Sí, señor.

—Hermosísimo nombre. Positivamente eres celestial, niña.

La jóven volvió á cubrirse con su rebozo, y dijo tímidamente á Arturo.

—Señor; mis padres aguardarán que yo les lleve de comer. Dios haga á vd. muy feliz.

Celeste dió la vuelta y echó á andar. Arturo fingió tomar el camino opuesto; pero luego que la muchacha se alejó un poco, comenzó á seguirla por la acera opuesta.

—Vaya! nueva aventura tenemos, decia Arturo mientras iba contemplando las magníficas proporciones de la muchacha, que si no se descubrian, se adivinaban fácilmente, merced á su pobreza que le impedía usar esa multitud de ropa y de armazones con que hoy se usa disfrazar las mas grandes imperfecciones de la naturaleza.

Esta muchacha será probablemente una de tantas miserables que buscan en el vicio su modo de vivir. Es una lástima! su rostro es como su nombre.... pero.... puede ser que me equivoque; su acento, las lágrimas que caian en sus mejillas, su aire de recato.... Bah! soy un tonto. Las mujeres se pintan en eso de hacerse gazmoñas ó inocentes, y esto lo aprenden todas sin maestro, y antes que el abecedario. Sea lo que fuere, yo quiero desengañarme; y aunque estoy rendido de sueño y de fatiga, no quiero perder la oportunidad de saber dónde vive esta perla del pueblo, esta flor de los sucios y asquerosos barrios de México. Por Dios que, con su vestido pobre, es acaso mas linda que todas las que estaban en el baile.

Mientras estas y otras reflexiones hacia Arturo, habian andado varias calles, torcido otras, y se hallaban la muchacha y su galan, en uno de esos lugares de México, que se llaman barios, y los cuales apenas se puede creer que formen parte de la bellísima capital reina de las Américas. No hay en ellos, ni empedrados, ni aceras; inmundos albañales ocupan el centro de la calle, y por toda ella está esparcida la basura y la suciedad, lo cual hace que la atmósfera que allí se res-

pira, sea pesada, fétida, y por consecuencia, perjudicial á la salud. Las casas presentan el mismo aspecto de abandono: unas son de adobe, otras de piedra volcánica, color de sangre ó de ceniza; pero todas sin aseo exterior, sin vidrieras en las ventanas, sin cortinas en lo interior. Frente de estas habitaciones frias y tristes hay algunos edificios arruinados, ó por los temblores, ó por los años y la incuria de los dueños. Se ve un lienzo de pared en pié, y queriéndose desplomar; algunas vigas podridas medio caidas; los marcos de las puertas comidos por la polilla y brotando la yerba de las hendeduras. Tal vez del piso bajo de esas casas se ve salir una nube de humo; y si el curioso asoma la cabeza al interior, verá unas paredes negras y cubiertas de telarañas, unos hornos ó braseros, y algunas mujeres con unas enaguas azules hechas pedazos, trabajando muy afanadas en hacer *tortillas* ó *atole*.

En cuanto á la poblacion que habita por lo comun estos barrios, no puede decirse sino que está en armonía con los edificios. Cruzaban como unas sombras varios personajes envueltos en una luenga tela cuadrada, de lana de colores ó blanca, que se llama frazada,<sup>1</sup> un sombrero de palma de una ala muy ancha cubre su cabeza, que oculta parte de su cara bronceada, y que es mas imponente y rara, porque á veces está oscurecida por un negro bigote, ó por grandes madejas de pelo negro y desordenado, que caen sobre las me-

<sup>1</sup> Es menester advertir que estas descripciones se escriben tambien para personas que no han visitado á México, y que por consecuencia, no están familiarizadas con estos nombres.

jillas. Un ancho calzon de manta blanca, y á veces unos burdos zapatos completan el traje de esta gente, que se llaman *léperos*, y que son siempre el objeto constante de la crítica de los extranjeros. En la puerta de esas habitaciones sucias y miserables que dan á la calle, y que se llaman *acessorias*, hay á veces multitud de muchachos, casi desnudos, y revolcándose en el polvo de la calle, ó entre las esteras que sirven de lecho á la familia. Dar una idea mas exacta de la falta de policía, del desaseo, de la corrupcion de algunos de esos lugares de México, seria fastidiar al lector y causarle acaso una repugnancia que debe evitar todo el que tiene por oficio escribir para el público.

Estas líneas son mas bien dirigidas á las personas influentes en la sociedad y en el gobierno. ¿Por qué no se organiza una policía; pero no una policía alterna é inútil, como la que hace años hay en la ciudad, que oprime y ultraja á los pobres indios y á las gentes pacíficas é inocentes que se dedican á vender frutas ú otros artículos insignificantes de comercio, sino una policía preventiva que vigile por el hombre honrado; que aceche al ladron y al asesino, sin incomodar con su presencia; que lleve á la escuela á esos pobres niños desnudos, que pasan todo el día en el fango de las calles; que vigile al vago y al ratero, que viven en esas infames tabernas llamadas *pulquerías*; que no arranque de su trabajo al labrador y al artesano, para filiarlo en un regimiento y enviarlo despues á la costa á perecer de vómito ó de fiebre; que en vez de llevar á una prision indecente á ciertas mujeres desgraciadas,

indague si la miseria, ó tal vez la sórdida y criminal ambicion de las familias las ha conducido á la prostitucion y al abandono. ¿Pero quién es capaz de comprender que la policía organizada de esta manera, es además de un deber que tiene indispensablemente que cumplir cualquier gobierno republicano, ó monárquico, una obra de caridad y religion? ¿No es caridad el darle á un niño, con la educacion, un porvenir acaso de felicidad, despertando sus buenos sentimientos con la religion, é inspirando á su mente otro género de ideas? ¡Qué! ¿no es caridad el quitar de una carrera de vicio á una pobre muchacha, que tal vez sería una madre tierna y buena esposa? ¡Qué! ¿no es caridad el libertar á la sociedad de hombres que no tienen ocupacion y que viven á expensas de ella? ¡Qué! ¿no es caridad el proteger al artesano, al labrador, al ciudadano pacífico, asegurándole su vida y sus propiedades, tanto dentro como fuera del hogar doméstico?

Si los ciudadanos no se necesitasen unos á otros para auxiliarse de esta manera, ¿se reunirían en sociedad? Y una vez reunidos, si no gozan de estas ventajas, ¿qué han ganado? Reunirse en sociedad para ser robado al volver una esquina; para ser víctima de un asesino durante las horas de reposo y de sueño; para ser registrado por los guardas y alcabaleros; para ser arrancado de su casa y de su familia y puesto, á las órdenes de un cabo tiránico, cuyo lenguaje es la vara.... reunirse en sociedad para que los bandidos impunemente asalten la casa en que se vive, la diligencia en que se camina. . . . ¡Oh! vale mas por cierto la existen-

cia bárbara de las tribus errantes. Es menester no cansarse en discutir teorías sobre las formas de gobierno; mientras no se examine con madurez y conciencia la organizacion de los ramos particulares, cuyo conjunto forma la máquina social que da á los ciudadanos de un país, seguridad, bienestar, y por consecuencia felicidad, nada se habrá hecho sino perder el tiempo. ¿Dónde está en México la policía que persigue al malvado y protege al hombre de honor y de probidad? ¿Y no debería pensarse diariamente en organizarla? ¿No se juzga que es un asunto tan importante el mejorar la condicion de esa clase, única acaso en el mundo, que existe en México conocida con el nombre de *léperos*? ¿Puede creer nadie que tenga siquiera sentido comun, que México llegue á merecer el nombre de país civilizado, mientras los extranjeros que nos observen y visiten, no vean al pueblo ocupado, los caminos seguros, la gente aseada y sin esos vicios asquerosos que tanto la degradan? ¿Qué viajero, que no sea un filósofo y un hombre profundamente observador, podrá conocer que debajo de la mayor parte de esos sucios y rotos harapos que medio cubren á la plebe de la República, laten unos francos y buenos corazones, que no necesitan mas que una acertada direccion para encaminarlos á bien y al trabajo?

Mas concluyamos este pequeño sermón de moral, convencidos de que no hemos de lograr con él ni aun divertir á los lectores, y volvamos á nuestro personaje, que al cruzar por esos callejones y notar las cosas que arriba hemos rápidamente descrito, interrumpia

sus pensamientos amorosos, para preguntarse á sí mismo, ¿cómo en un país, cuyo pavimento es de oro y de plata, habia tanta miseria? ¿Y cómo, mientras los lisonjeros cortesanos gastaban miles de pesos para adular á un magnate, tanto infeliz se levantaba con los rostros pálidos y cadavéricos. . . . quizá de hambre?

Todos estos rápidos pensamientos filosóficos, por el estilo de los que hemos querido estampar, al llevar á Arturo por un barrio, acabado de salir de un baile espléndido, no impidieron que perdiese de vista á la gentil muchacha: esta entró efectivamente en una casa cuya apariencia no era por cierto mejor que la de las de que hemos hablado. El frente era de adobe; el antiguo color blanco y rojo con que estaba pintada la fachada, habia caido con la lluvia y el sol, y solo podia reconocerse por algunos manchones que habian quedado. Una angosta puerta daba entrada al interior, y sobre ella habia dos balcones de unos marcos apollillados con tres ó cuatro vidrios opacos, y una ventanilla que parecia mas bien la de un calabozo. En los pisos bajos habia destruidos aposentos, cuyas puertas amarillas con el humo, estaban cubiertas en su mayor parte con estampas de santos detestablemente grabadas. En el centro del patio se hallaba una fuente de agua limpia; en las puertas de los cuartos habia algunos muchachos casi desnudos, y mujeres de enaguas con el cabello desordenado, barriendo ó sacudiendo sus lechos y su ropa.

Arturo permaneció frente de la puerta de esta casa. La muchacha entró en ella; volvió á salir, y finalmen-

te, regresó á poco rato, con unas ollas y una canastilla con pan.

En vez de las lágrimas que empañaban sus lindos ojos cuando encontró al petimetre, se notaba en ellos la alegría y el júbilo. Arturo, que no perdía ninguno de estos movimientos, notó que ya triste, ya alegre, tenía la fisonomía de un ángel. Todo el mundo sabe que un jóven con dinero, y aficionado á estos lances, no deja escapar una perla semejante, por mas oculta que esté entre la desnudez y las miserias de la plebe. El jóven, pues, olvidando á Aurora, á Teresa y á las otras muchachas que habian ocupado su atencion en el baile, entró á la casa en pos de la desconocida. Su corazon abrigaba proyectos no muy virtuosos; su mente estaba llena de peligrosas ilusiones; su corazon, ocupado enteramente con la belleza física de la jóven, no recordaba su desgracia.

Arturo tocó la puerta del cuarto de Celeste; esta, inclinada en un brasero donde calentaba algunos alimentos, respondió maquinalmente: *Adentro*. Arturo entró y se quedó de pié, á poca distancia del umbral. Las paredes del cuarto estaban negruzcas y húmedas; el pavimento era de vigas podridas y desiguales; ningunos muebles se veian; en un rincon estaba un bulto acostado, y en el otro se reconocia la figura pálida y cadavérica de un hombre medio reclinado en la pared. Los lechos de estos infelices eran unas tarimas cubiertas con frazadas; una lanza que estaba junto á la cama del enfermo, y algunos trastos perfectamente limpios, eran las únicas cosas de valor que allí habia.

Arturo, en un momento sintió cambiado su corazon: el aspecto triste de dos enfermos en tanto abandono y miseria; la atmósfera húmeda y pesada de la habitacion, y la vista de Celeste, tan resignada y tan hermosa, prodigándoles consuelos como un ángel, le hicieron penetrar la situacion y la santa verdad de la jóven. ¡Vaya! dijo entre sí; seria una cobardía imperdonable el seducir á esta muchacha, y quitarles á estos infelices el único amparo que Dios les ha concedido en medio de su infortunio. Cambiemos de ideas, y obremos de otro modo.

Celeste, entretanto, habia acabado de calentar el alimento; y levantándose de la postura en que estaba, vió al jóven y dió un ligero grito de sorpresa; mas recordándose al instante, se dirigió cerca de los dos enfermos, y volviéndose hácia Arturo, con un dedo puesto en la boca en señal de silencio, le dijo en voz baja:

—Duermen, señor, y por Dios le ruego que se vaya antes que despierten.

—Y por qué, Celeste? le dijo Arturo, con voz muy suave.

—Porque mi pobre padre se asustaria de verme llegar con una persona así.... decente como vd.

—¿Es tu padre, Celeste?

—Sí señor; y mi madre es la enferma que duerme en el otro rincon. Está moribunda; poco vivirá ya, y á veces ni me conoce.

—Pobre muchacha! dijo Arturo á media voz, mirando que las lágrimas asomaban de nuevo á los ojos de Celeste.

—Dios os llene de bendiciones, y os haga muy feliz, continuó la jóven, limpiándose los ojos; siempre me acordaré de que mis padres vivirán algunos días mas, por la caridad de vd.; pero ya le he dicho.... las vecinas van á hablar de mí; y mi padre..... No diga vd. que soy desagradecida.....

—Mira, Celeste, le respondió Arturo; cuando me interrumpiste el paso, creí que eras una mujer perdida, y te seguí por curiosidad; pero ahora me inspiras compasion. Eres una buena muchacha, que cuidas á tus padres, que haces el sacrificio infinito de pedir para ellos, y esto merece mucho. Seré tu protector, y ni aun te pediré que me saludes en cambio; pero quiero que tus padres vivan algunos días mas, y que tú seas menos infeliz. Esperaré, pues, que despierte tu padre.

Celeste, que no esperaba oír este lenguaje, clavó sus ojos en el jóven, con una expresion indecible de gratitud, y le tendió maquinalmente su mano. Este no se atrevió á acercarla á sus labios, y solo la estrechó contra su corazon. Sintió con este solo acto un placer, si no tan vivo como el que experimentaba cuando bailaba con Aurora, sí mas puro é inefable. Era la sencilla expresion de gratitud de una hija del pueblo, y no la falsa coquetería de una niña de la aristocracia.

—Hablabas, hija mia? dijo el anciano cambiando penosamente de postura.

—Sí, padre, dijo la muchacha; daba las gracias á este señor que nos ha socorrido hoy. Aquí está el alimento.

—Señor! dijo el anciano suspirando.... será....

—Oh! no tenga vd. cuidado alguno; es un señor muy desinteresado y muy bueno.—Háblele vd. á mi padre; acérquese vd., continuó la muchacha, empujando suavemente á Arturo.

—La desgracia de vdes. y la virtud de esta niña son muy respetables, y no pienso mas que en hacerles el bien que me sea posible.

—Hay mucha corrupcion y mucha maldad en el mundo. Si de corazon quiere vd. hacernos algun beneficio, Dios se lo pagará; si por el contrario, hace vd. mal á mi pobre hija, no haria vd. mas que abusar de la desgracia de un viejo moribundo que no puede protegerla, y no debe apelar sino á Dios, á quien cree justo, á pesar de los martirios que ha ordenado padezca en esta vida.

La voz del anciano, aunque apagada, tenia cierta solemnidad, cierta ternura religiosa. ¡Qué habia de hacer, en efecto, un pobre padre tirado en una cama, mas que confiar á Dios la virtud de su hija, y reclamar para el que fuese su seductor un castigo del cielo! En estas situaciones supremas de la vida, cuando no hay que esperar sino la ingratitude y el crimen, es cuando el corazon del hombre reconoce que hay un Ser superior á todas las miserables criaturas del mundo, á quien se necesita pedir y en quien se debe esperar únicamente.

Arturo tenia un nudo en la garganta.

La muchacha le acercó la única y desquebrajada silla que habia, y le hizo sentar junto á la cama del anciano; luego tomó una taza con el alimento y una cuchara de madera, y ambas cosas las presentó á su



padre, diciéndole con una voz sonora, y cuya armonía resonó en lo íntimo del corazón del joven.

—Padre, este desayuno lo debemos, después de Dios, á este señor. Pida vd. por él, como yo lo haré á Nuestra Señora de los Dolores. Yo le deseo que tenga mucho dinero, que sea muy feliz, y que si se halla en una pobreza como la nuestra, todos hagan con él lo que hoy ha hecho con nosotros. Acabando Celeste de decir estas palabras, hizo á su padre una muequilla cariñosa, dándole en la boca una cucharada del atole que contenía la taza; y clavando después una mirada triste en Arturo, murmuró á media voz y señalando al anciano:

—Pobrecito! me quiere mucho.

Hé aquí la naturaleza, dijo Arturo entre sí; en verdad que me ha conmovido esta escena, mas de lo que yo creía.

—Lo que yo he hecho hoy no es nada, continuó en alta voz, y solo estaré satisfecho, si alivio en algo tu suerte y la de tus padres. Como mis ocupaciones podrán impedirme el venir en muchos días, quiero que mientras no padezcan vdes. Arturo metió mano á sus bolsillos y sacó una porción de monedas de oro y de plata que puso debajo de la cabecera del enfermo, sin que este ni su hija advirtiesen la cantidad de la limosna. Ni el anciano, ni su hija, pudieron dar las gracias sino con una mirada: ¡cuánta gratitud sé encerraba en esta demostración muda, pero elocuente...

—Celeste: vivo en la calle de\*\*\*, continuó Arturo; mi madre es una señora llena de virtudes, que está

siempre dispuesta á socorrer á los desgraciados. Ocurre á ella por cuanto te haga falta; no habrá necesidad de que me veas, para que de esta manera no pierdas tu reputación, y este anciano esté tranquilo.

—Mucho tiempo ha pasado sin que hayamos tenido mas que miserias y desengaños, dijo el enfermo; pero hoy moriré mas resignado, y con una idea menos mala del mundo, gracias á vd.

Habiendo concluido Celeste de dar el alimento á su padre, fué adonde estaba la madre, á despertarla y á hacer igual operación con el mismo cariño y amor, llenándola de caricias y besando sus descarnadas y pálidas manos.

Arturo pudo notar cuando la madre despertó y su hija le descubrió la cara, que no era mujer de mucha edad; pero su extremada palidez, sus ojos hundidos y sus labios blancos, le daban un aspecto terrible. No era una calavera de las que se encuentran en los cementerios, sino una calavera que tenía movimientos lentos, pausados, como si la muerte, temerosa de dar á Celeste un pesar, hubiese querido ir quitando poco á poco la vida y la acción á las partes de este cuerpo.

Cuando la muchacha acabó de dar algunas cucharaditas de alimento á la enferma, le besó la frente, la abrigó de nuevo con las ropas de la cama, y volviéndose al joven, dijo:

—Mi pobre madre no habla, ni oye, y apenas puede moverse. Todos los miembros de su cuerpo están sin acción. Si vd. viera, cuando le doy el alimento ó le hago cariños, me mira y se sonríe conmigo. Pobrecita!

Arturo no tenia idea de una virtud y de una resignacion semejantes, y juzgaba ya con mas indulgencia al mundo, desde que entró en la infeliz habitacion de Celeste.

Es menester, dijo entre sí, completar la obra; y luego, en voz alta y dirigiéndose á la muchacha:

—Esta tarde vendrá un médico, y enviará mi madre una mujer para que te acompañe, y algunas sábanas y ropa.

Una lágrima se desprendió de los secos y empañados ojos del enfermo, y rodó por su mejilla húmeda y amarillenta.

Celeste se arrojó á los piés de Arturo, le tomó una mano y se la besó, humedeciéndosela con su llanto.

—Qué haces, niña? le dijo Arturo mortificado: levántate. Debes darle gracias á Dios, y no á mí. Soy calavera y disipado; pero no puedo ver con indiferencia estas miserias. Lo que yo dé á vdes., ninguna falta me hará; y por otra parte, yo sé que doy con esto á mi madre un verdadero placer. En recompensa, solo quiero que me diga vd., pobre anciano, el motivo de que se vea en esta situacion.

—Celeste, dijo el viejo á su hija; retírate mientras satisfago el deseo de este excelente caballero. Es muy justo, pues querrá saber si da su limosna á gentes honradas y que la merezcan.

Celeste aprovechó esta ocasion para tomar alguna ropa, y salir al patio á lavarla en las piedras que cercaban la fuente.

El anciano comenzó á hablar:

—Cuando la guerra de independenciam, tenia yo veinticinco años. Mis padres habian muerto un poco antes, dejándome dueño de una finca de campo que me daba lo necesario para mantenerme decentemente. Con todo y esto, estaba fastidiado y triste á causa del pesar, pues yo amaba mucho á mis padres. En cuanto tuve noticia del pronunciamiento de Dolores, dije para mí: vaya! esta es una oportunidad de salir de penas; y yéndome á la guerra, ó me distraigo, ó me matan, y de todos modos gano. Además, yo era mexicano, y no sé qué cosa sentia dentro de mi corazon, que me decia: Anselmo, ve y combate por tu patria. Dejé mi hacienda al cuidado de un viejo honrado; armé algunos mozos, y tomando el dinero que tenia disponible, y mis mejores caballos, marché á reunirme con el cura Hidalgo; en Celaya me uní á él, y marchamos sobre Guanajuato. Vd. habrá oido contar las crueldades que se cometieron, y la sangre que se derramó en la toma de Granaditas: me disgusté mucho, y concebí un horror invencible á la guerra; con las costumbres pacificas y sencillas del campo, no podia habituarme á otro género de vida tan diverso. Retiréme, pues, con mis mozos, y encontré que mi buen viejo habia cumplido con su obligacion, y que mis cortos intereses no habian sufrido daño alguno. Poco tiempo duró mi tranquilidad: conocido ya por insurgente, é inclinado siempre mi corazon á sostener la causa de mi país, los vecinos envidiosos comenzaron á perseguirme sordamente. Una noche, cuando descansaba tranquilamente, oí el galope de muchos caballos; y á poco una descarga de pistolas

y el ruido de los sables, me convencieron de que estaba rodeado de enemigos. Salté de mi cama, tomé mis armas, y salí gritando á mis sirvientes. Estos, á la cabeza del buen mayordomo, combatian como unos hombres; pero los realistas eran muchos, y al fin tuvimos que huir, dejando gravemente herido á mi valiente viejo. Yo me dirigí por detrás de las trojes, y gracias á un hermoso alazan que montaba, logré escapar de mis enemigos, que me persiguieron mas de cuatro leguas.

Errante ya, sin gozar de seguridad en mi casa, no me quedó otro partido que tomar, que irme á juntar de nuevo con el generalísimo: corriendo mil riesgos y padeciendo fatigas inauditas, me reuní con los insurgentes, la víspera de la batalla del Puente de Calderon. Vd. sabe lo desgraciada que fué para la causa de la independenciam esa accion: yo luché como un leon; me metí en lo mas reñido de la pelea, y caí cubierto de heridas: una bala me habia atravesado un brazo; la espada de un realista habia partido mi cabeza, y la lanza de un dragon habia traspasado mi costado; una nube sangrienta empañó mi vista; un calosfrío de muerte recorrió mi cuerpo, y apenas tuve tiempo para implorar con una palabra la misericordia de Dios: perdí el conocimiento. Cuando volví en mí, halléme en una buena cama, con un médico en mi cabecera y rodeado de gentes, entre ellas una muchacha hermosa, y que me pareció el ángel de mi guarda. Tres meses dilató mi curacion, al cabo de los cuales, habiendo recobrado un poco las fuerzas, traté de despedirme; pero

la familia me instó para que permaneciera algun tiempo mas. Inútil es decir á vd. que yo me quedé porque amaba ya á la muchacha. La habia visto á mi cabecera, y en los momentos de delirio y de dolor, siempre se habian encontrado mis ojos con los ojos llorosos de Paulita, que así se llamaba. Los amores siguieron, y yo fuí mas adelante de lo que debia: la pobre muchacha me amaba tanto, que nada podia negarme.

Yo queria casarme con ella; pero necesitaba saber si conservaba algo de mis intereses; así es, que partí para mi hacienda: la encontré arruinada, sin aperos, sin animales, sin nada. Yo no tenia dinero para aviarla; así es que mi desesperacion fué grande, al verme privado, por causa de los realistas, de casarme con la pobre Paula. Por lo pronto no abrigaba sino deseos de venganza; así es que sin apearme del caballo, seguí mi camino para buscar una partida de insurgentes con quienes reunirme: vagué mucho tiempo por toda la Tierra-Adentro, reunido con algunas guerrillas, y teniendo cuidado de visitar de cuando en cuando á Paula y á su familia, esperando no mas que el país tuviese alguna quietud, y yo un poco de dinero para efectuar mi casamiento. En esto pasó tiempo, y apareció al frente de la insurreccion el gran Morelos. Inmediatamente me reuní con él; y durante algun tiempo me olvidé de Paula y de mis intereses, y no pensé mas que en mi patria: el general supo infundirme tal entusiasmo, que rayaba en locura. Era el general Morelos de un carácter suave, al mismo tiempo que enér-

gico; sabia hacerse amar de sus amigos; obedecer de sus inferiores, y temer de sus enemigos, sereno en los peligros y atrevido en sus empresas, no perdió nunca esa bondad de corazón con los vencidos y con los desgraciados. Parece que estoy oyendo su voz, y mirando su semblante grave, reflexivo é igual, ya en los peligros, ya en la fortuna. Yo lo amaba como á un amigo, y lo respetaba como á un valiente. Por su parte le merecí la mayor confianza, y en el sitio de Cuautla me regaló esta lanza que vd. ve aquí (que no he querido vender, á pesar de mis necesidades), por yo no sé qué friolera que hice, que le agradó.

Como asistí á la derrota de Hidalgo, tambien fui testigo de los últimos momentos del mas valiente y del mejor de los mexicanos: disfrazado y confundido entre la multitud, bebiéndome las lágrimas, como si fuera una mujer, vi sus agonías y maldije á sus infames asesinos. Una vez que perdí á mi general, me consideré como solo y aislado en el mundo, y me pareció que nada me podia consolar ni volver la dicha.

Recordé que tenia una obligacion de conciencia con que cumplir, y corrí á Guadalajara en busca de Paula. Mis diligencias fueron vanas: pregunté, indagué todo lo que pude, y solo logré saber que habia salido de la ciudad hacia un año. Bien, dije para mí; ahora que completamente estoy solo en el mundo, y sin esperanza de felicidad, es menester hacerme matar. Fui-me, pues, á las montañas del Sur con el valiente general Guerrero; pero el clima me perjudicó; mis heridas volvieron á enconarse, y vagué enfermo, de pue-

blo en pueblo, por toda la Tierracaliente. Cuando el general Iturbide proclamó el plan de Iguala, yo estaba mas aliviado; me dí á conocer con él; puso en mis hombros las divisas de capitán, y entré á México ostentando el premio de mis fatigas: de veras estaba yo orgulloso, pero no tan contento como cuando estaba junto al general Morelos.

Después, no habiendo querido mezclarme en las intrigas contra el emperador, permanecí aislado, sin lograr, por supuesto, ningun ascenso, ni que me devolvieran mi hacienda que estaba en manos extrañas.

No cansaré á vd. con la relacion poco interesante de lo que me sucedió desde esa época hasta el año de 28: como era hombre solo y sin ninguna clase de obligaciones, no me faltó que comer. El desgraciado mes de Diciembre, cuando la revolucion de la Acordada, era yo todavía capitán; mientras otros, que no habian ni siquiera oido la pólvora de los insurgentes, eran coroneles y aun generales. Pero esto no es del caso ahora, sino lo que referiré á vd.

Pasaba con algunos dragones por una calle donde la plebe se arrojaba furiosa á saquear: un lépero se pone á dar golpes á una puerta con un martillo; á poco se reunen otros, y con palos y hachas continúan la operacion, hasta que logran romperla. Una jóven y una anciana salen al balcon despavoridas, dando gritos y pidiendo auxilio; alzo la cara, y reconozco á Paula y á su mamá: en el acto disperso á la plebe con la tropa; subo, y me encuentro en los brazos de aquella mujer, que si no era jóven y linda como cuando la vi por pri-

mera vez, vivia en mi memoria con el recuerdo de los tiempos de mi juventud, de mis aventuras y mis desgracias. Como debe vd. figurarse, me casé con ella á poco tiempo: ella tenia algunas proporciones; yo sabia buscar la vida: así, cuando despues de un año nació esta criatura tan linda, que vd. conoce, y á quien por su belleza puse el nombre de Celeste, poseíamos, si no riquezas, al menos las mayores comodidades posibles. Pedí, pues, mi retiro y no molesté mas á los gobiernos pidiéndoles paga y ascensos, y fuí feliz algunos años, los únicos de mi vida. . . . Pero, ¿qué quiere vd.? la fortuna es ingrata: yo tenia varios giros; pero los dependientes que tenia, se malversaron, y de la noche á la mañana me vi sin nada. . . . Se empeñaron primero algunas alhajas; se vendieron poco á poco los muebles, despues la ropa; despues tuvimos que mudarnos á una casa de vecindad; y, por fin, me fué preciso ocurrir á la comisaría á cobrar mi retiro, que jamas me pagaban. Mi mujer se bebia las lágrimas, en secreto, al ver mi afliccion, y yo pasaba las noches en vela, pensando que la miseria aguardaba á mi pobre hija, que, llena de gracias, iba creciendo y desarrollándose como una amapola.

Tras de la pobreza vienen forzosamente las enfermedades; mi mujer, mi Paula, que es la infeliz que tiene vd. tirada allí, fué la primera que cayó mala de una paralización absoluta de todos los miembros, y como yo no tenia dinero, jamas he logrado que los médicos la asistan con cuidado. Hoy ya no tiene remedio; y de un dia para otro se morirá. . . . tendré un

placer, porque en el estado en que está, me parte el corazon; además, se irá sin duda al cielo, y rogará por su hija. . . .

Algunos dias, y como postrer recurso, iba yo á Palacio á hacer diligencia de que me pagaran algo; pero Dios libre á vd. de verse en tal situacion; el ministro de Hacienda, seguido de una cauda de agiotistas y de dependientes, apenas se dignaba mirarme, y cuando fijaba la atencion en mí, era para decirme con voz áspera: *No hay; no tengo; todo se lo lleva la guarnicion.*

Al atravesar los patios, multitud de capitanes, de coroneles, vestidos elegantemente, y que ni idea tendrían probablemente de lo que es la campaña y el servicio militar, miraban con desprecio mi viejo uniforme y mis ennegrecidas divisas; pero, ¡vive Dios! que era el mismo que llevaba yo al lado del general Morelos: me retiraba á mi casa lleno de rabia, y sin haber conseguido ni un centavo. Un dia, agobiado y sufriendo de mis heridas, necesité compañía y llevé á Celeste. Entré á Palacio, y noté que todos me saludaban: abrí la puerta de la Comisaría, y el viejo portero se puso en pié para abrirme paso: en la oficina todos me rodearon; todos se interesaban por mi salud y mis desgracias. Uno se ofreció á ponerme el recibo, otro dió el papel, otro contó el dinero, otro llamó al cargador; todos, en fin, me dieron la mano y me ofrecieron su proteccion y sus servicios; me llamaron el veterano de la independencia; y hasta los ordenanzas, al salir me hicieron honores y me llamaron su capitan. Me fuí á mi casa con cien pesos; era la primera partida de im-

portancia que habia recibido, desde que cobraba mi pensión. En la tarde misma recibí las visitas de cuatro ó cinco empleadillos; y mientras uno me platicaba, los otros se entretenían con mi hija: cuando se marcharon, comprendí todo, y maldije mi imbecilidad. Al día siguiente, para reparar esta falta, mudé la habitación, y juré no volver á poner jamás los pies en ese maldito Palacio.

A pesar de las economías, el dinero se me acabó, y mis penas fueron mas grandes. Un día, para colmo de mis desdichas, monté á caballo para ir á un lugar inmediato á buscar una persona que me debía dinero; se espantó el animal y me tiró. Me trajeron á mi casa medio muerto, y hasta hoy no puedo levantarme de de esta cama, donde he sufrido, por mas de un año, operaciones dolorosas y tormentos que el Señor me tendrá en cuenta para perdon de mis pecados.

Ahora diré á vd. lo mas interesante; añadió bajando la voz: esta criatura que vd. ve, nos ha mantenido; se ha pasado los días y las noches cosiendo; pero ve vd. que el trabajo de una mujer produce muy poco, y los médicos y la botica cuestan mucho. Hace algun tiempo que las costuras le han escaseado; y hoy me he convencido de que sus salidas por la mañana temprano eran á pedir limosna... ¡Pobre hija mia!

El viejo enfermo se puso á llorar.

—Vamos, dijo Arturo; tenga vd. la misma resignación que hasta aquí... yo ofrezco á vd. mis auxilios y...

—Perdone vd.; pero quisiera hasta el infierno mis-

mo, antes que el pensamiento que me consume..... que me mata... ¿No cree vd. que una muchacha linda como mi hija, sola en la calle y pidiendo limosna, puede perderse?....

—Pero no habrá en lo de adelante necesidad de que haga eso.

—Caballero, dijo el viejo; júreme vd. en nombre de Dios, que vd. obrará con nosotros con buena fe y honradez, ó de lo contrario váyase de mi casa, y déjenos morir de hambre: antes de morir, mataré á mi hija.

—Juro, dijo Arturo, que veré á la pobre niña de vd. como á mi hermana, y que lo que haga con vdes. será sin ningun interés. Voy á contarle todo á mi madre, y ella será la protectora de Celeste.

—Bien, muy bien, contestó el anciano conmovido; creo todo lo que vd. dice. ¡Gracias! mil gracias!

Arturo se puso en pié, y se despidió. Celeste, con una expresion de reconocimiento, y podria decirse de amor, tendió su mano al jóven.

Arturo queria dejar á la familia, no solo su dinero, sino hasta su casaca: estaba verdaderamente enternecido. Acordóse del alfiler de brillantes que Rugiero le habia prestado, y quitándosele con disimulo, lo prendió en el rebozo de la muchacha, mientras dirigia al padre sus últimas protestas y seguridades.

—Qué diablo! dijo para sí; yo diré á Rugiero que se me ha perdido el alfiler; le pondrá precio, y mi madre lo pagará.

Al salir de la casa de Celeste, le dijo: Lo que encuentres en tu rebozo, es tuyo; haz el uso que quieras

de ello. Al terminar estas palabras, atravesó precipitadamente el patio; salió á la calle y torció por el primer callejon, con el fin de que Celeste no saliera á su alcance y le devolviera el regalo.

Las ideas de Arturo, cuando salió de la pobrísima habitacion de Celeste, eran del todo diferentes, como debe suponerse: su corazon estaba lastimado de ver tanta miseria ignorada, tanto sufrimiento oculto en las sucias paredes del cuarto de una casa de vecindad, y tantas y tan heróicas virtudes en una muchacha, que todo el mundo tendria derecho de juzgar como una prostituta, ó cuando menos como una vagabunda.— La mujer que es una hija tan excelente, decia Arturo para sí, y que sigue con su amor á sus padres, hasta el grado mayor de la pobreza y de la desgracia, no puede menos de ser una excelente esposa. Si por dos viejos enfermos hace los oficios de un ángel, ¿qué haria por un hombre que la amara y que la llenase de caricias y de beneficios?... ¡Bah! quizá esta mujer tan buena y tan resignada hoy, no será mañana sino lo mismo que todas; falsa, frívola, ingrata.... Es terrible, terrible, continuó Arturo, abreviando el paso, desconfiar en el amor; amargar con la duda y la incertidumbre el mas puro y hermoso sentimiento del corazon.... Sea lo que fuere, yo estoy en este instante verdaderamente satisfecho: el alfiler de Rugiero vale mas de mil pesos; la muchacha lo venderá, y una suma semejante la sacará de la miseria: si ella rehusa tomarlo, vendrá naturalmente á mi casa, la presentaré á mi madre, y de esa manera la obligaremos á acep-

tar cuantos auxilios necesite: decididamente quiero ser el protector de Celeste, pues seria una lástima que se extraviase. Sí, es buena; y... acaso pensaria yo en ella... Pero es una locura: ella no me puede amar.... y por otra parte, yo necesito del esplendor, del lujo, del brillo de Aurora. No concibo el amor, sino rodeado de espejos, pisando alfombras, reclinado en mullidos sofás.... ¡Demonio de ideas!.... Mi cabeza es un volcán.... ¡Y el desafio de esta tarde!.... ¡Si muriera yo, ahora que me considero con ciertas obligaciones respecto de Celeste!.... Veremos.

Mientras hacia estas y otras reflexiones, Arturo llegó á su casa: su padre ya habia salido; así es que saludó á su mamá, sin contarle su última aventura, porque sus ojos estaban cargados de sueño. Entró á su cuarto, almorzó ligeramente, cerró las ventanas y se metió entre las sábanas de holanda y los mullidos colchones de pluma de su lecho.

—Pobre muchacha! dijo al tenderse en la cama y zabullirse en la ropa: ella duerme en el suelo húmedo, y en el invierno temblará de frio. Aurora es viva y linda como un colibrí; Teresa, melancólica é interesante; pero Celeste es desgraciada: el infortunio tiene simpatías vivas y profundas en el corazon.

Arturo se durmió, mirando en sus ensueños los rostros de las tres muchachas que mas le habian interesado: entre las figuras agradables de sus queridas, solia divisar la cara del capitán de caballería y escuchaba el trueno de una pistola. Sobresaltado entonces, sentia que sus nervios se estremecian involuntariamente,

y volteándose del otro lado, se zambullía de nuevo entre las ropas de su lecho.

A las cuatro de la tarde entró un criado, y lo despertó: vistióse, se lavó, se rasuró, pidió algo de comer, y mandó traer un coche. Un cuarto de hora antes de las cinco bajó y se metió en él, provisto de una caja con un par de pistolas y de una buena espada toledana.

—A Chapultepec, cochero, le dijo, subiendo á un simon desvencijado. Pára antes de llegar á la puerta del bosque.

—Muy bien, señor, dijo el cochero, y montando en sus flacas mulas comenzó á andar, con el paso lento y trabajoso que distingue á los cocheros de alquiler de México.

Al atravesar por las frondosas calles de árboles de la Alameda, y ver la alegría con que algunos grupos de niños jugaban en los prados verdes y cubiertos de rosas, un pensamiento triste pasó rápidamente por la imaginación del jóven; pero hemos dicho que era animoso; y muy pronto una sonrisa de seguridad y de triunfo vagó por sus labios. ¿Quién no es animoso y valiente á los veintidos años de su edad, cuando se trata de quedar bien y de ganar el corazón de una mujer? En realidad, lo que molestaba algo al jóven era el pensamiento de Celeste, que no podía apartar de su imaginación. ¿Estaba por ventura enamorado de ella? ¿La desgracia de la muchacha le inspiraba interés? ¿Había en ese interés alguna idea de esas profundamente secretas, que ni uno mismo se atreve á confe-

sar? Esto es lo que no podremos decir, pues ni el mismo jóven lo podía averiguar.

Arturo sacó el reloj, y notando que ya era dada la hora de la cita, dijo al cochero que apresurara el paso. Este, obedeciendo, aunque con repugnancia, comunicó á las mulas la orden del amo, por medio de repetidos cuartazos, con lo cual el coche, envuelto en una nube de polvo blanco, volaba materialmente por la hermosa calzada que se llama de los Arcos de Belén.

Cuando el coche de Arturo llegó al punto designado, otro coche estaba allí ya, y dentro el capitán Manuel, que sacando la cabeza se dió á conocer á su adversario.

—Capitán, le dijo Arturo bajando del coche; siento haber hecho aguardar á vd., pero estos simones tienen demasiada paciencia; y además, la desvelada del baile ocasionó el que durmiera hasta las cuatro dadas. Espero que me disimulará vd.

—Acabo de llegar en este momento, contestó con voz seria, pero no agría, el capitán, bajando de su coche, y veo que es vd. un jóven de educación, y que después de que pase este lance, acaso podremos ser amigos.

—Gracias, capitán, le interrumpió Arturo tendiéndole la mano; por mi parte acaso no habrá inconveniente, pues creo á vd. más racional que anoche....

—Supongo que vd. con esto no quiere dar á entender otra cosa, dijo el capitán retirando la mano que le tenía estrechada Arturo, y poniéndose ligeramente encendido.



—Ninguna otra cosa, capitan; mis palabras son sencillas y sin doblez alguno, lo cual protesto á vd., para que le sirva de gobierno en la corta conversacion que quiero tener antes. Venga vd. por acá.

Arturo tomó al capitan del brazo, y ambos se dirigieron hácia los arcos que se llaman de San Cosme, habiendo tomado antes sus capas, sus espadas y la caja de pistolas.

—Usted ama á Aurora, capitan? le preguntó Arturo luego que se hubieron alejado un poco.

—No tengo que contestar á esta pregunta, sino lo que dije á vd. anoche.

—Vamos, capitan, es menester una poca de calma; le protesto á vd. que combatiré; pero antes quiero arreglar un poco mejor mis negocios amorosos, que se me han complicado mas de lo que yo creia. Así, prométame vd. hablar con franqueza.

—Muy bien, responderé á vd. con franqueza á todo lo que me pregunte, porque á mi vez necesito arreglar este asunto lo mejor posible, para dedicarme á otras empresas.

—Perfectamente! entonces nos entenderemos. Dígame vd., en primer lugar, el estado de sus relaciones con esa jóven del baile.

—Con cuál? preguntó el capitan algo alarmado.

—Con Aurora, respondió Arturo sin darse por entendido: ¿no venimos á combatir por ella?

—Es verdad, repuso Manuel, aparentando indiferencia; por ella venimos á combatir.

—Aurora ama á vd., capitan?

—Francamente. . . . no lo sé: el corazon de las mujeres es incomprendible: hace un mes fui presentado en su casa, donde visitan multitud de jóvenes elegantes. Como la hermosura de la muchacha es sorprendente, me interesó sobremanera; y mis acciones y mis miradas le habrán hecho conocer el interés que me inspira. Por lo demas, cuando la oportunidad se ha presentado, he procurado hablarle de mi amor; pero ella se ha reido como una loca, sin mostrarse ofendida, pero tampoco interesada: otras veces, dándome una flor, sonriéndose conmigo, mirándome con amor, me ha hecho el hombre mas feliz de la tierra; la idea de ser amado verdaderamente por ella, me ha quitado muchas noches el sueño. Entusiasmado cada dia mas, me atreví á darle en el baile una carta, la cual tomó; pero el resultado ya vd. lo sabe; ha humillado mi amor propio, me ha despreciado, y esto pone á los hombres casi fuera de juicio.

—Pues mi historia, capitan, es mas corta que la de vd.; es de cuatro horas. La ví entrar en el baile, seductora como una maga; la seguí, bailé con ella, se arrancó un liston de su calzado y lo tiró al suelo, y yo lo levanté: despues me dió una flor, rió conmigo; pero el baile la enajenaba, y yo no tengo mas que una pasion frenética, pero sin esperanza.

—Y qué piensa vd. hacer en lo sucesivo? preguntó el capitan.

—Una cosa muy sencilla; seguir enamorando á Aurora.

—En ese caso quiere vd. humillarme?

—De ninguna suerte; pero francamente, no me hallo con el valor suficiente para prescindir de ella, cuando en una sola noche me ha hecho concebir tantas esperanzas.

—Pues por mi parte tampoco pienso abandonar el campo; tanto mas, cuanto que eso seria imposible hoy. Mi amor propio está empeñado, y yo no cederia por todo el oro del mundo.

—En ese caso, contestó Arturo resueltamente, uno á otro nos serviremos de obstáculo.

—Es claro.

—El desafio no se puede evitar entonces?

—Creo que no, dijo el capitán con energía.

—En ese caso no perdamos el tiempo.

Los dos rivales apresuraron el paso, y entrando por los arcos de San Cosme, en unos prados llenos de verdura y de florecillas silvestres, que pertenecen á la hacienda de la Teja, se quitaron las capas y se dispusieron á combatir.

—Un desafio con espada, dijo Arturo con serenidad, tiene algo de cómico; y si un escritorcillo de costumbres nos viera, no dejaria de echarnos una buena dosis de ridículo encima, llamándonos galanes de Calderon. Para evitar esto, he traído aquí un par de buenas pistolas que puede vd. examinar.

Arturo dió la caja de las pistolas al capitán, el cual las examinó cuidadosamente, y devolviéndoselas á su adversario, le dijo:—En efecto, son muy buenas, y estoy dispuesto á lo que vd. quiera.

En este momento el capitán pensaba en Teresa, y

Arturo en Celeste. Como se deja suponer, ninguno de los dos tenia ganas de combatir.

—Capitán, dijo Arturo; si quiere vd. que le diga lo que siento, me parece que el lance no vale la pena de que suceda una desgracia. Además, yo tengo cierta aventura. . . . Así, si vd. me da una amistosa satisfaccion de la acritud conque me reconvinó anoche, yo la recibiré, y quedaremos, si no amigos, al menos no enemigos. [En cuanto á la linda muchacha que ocasionó nuestra disputa, lo mas acertado será que los dos sigamos nuestra instancia, que pasado algun tiempo, ella decidirá. ¿Le convendria á vd., por ventura, tener una querida de quien tuviera vd. que desconfiar continuamente?

—Pienso que no dice vd. mal: y ahora que veo su buena disposicion, le ofrezco dejarlo absolutamente en libertad. Yo tengo tambien otra aventura, y muy interesante: es una mujer que adoró con todo mi corazon y con toda mi alma, y que es muy desgraciada; hacia mucho tiempo que no la veia, y la juzgaba ya muerta. Figúrese vd. cuál seria mi placer, al volverla á ver, al hablarle, al escuchar su dulce voz, la voz armoniosa y suave que sonó en mis oidos y que penetró en mi corazon cuando era yo niño. Estoy loco, y solo porque no dijera vd. que era un cobarde he venido á la cita; pero en verdad no tenia ganas de reñir ya, ni con vd. ni con nadie. . . . Miento; tendré que reñir, pero no será en un desafio, será para castigar. . . .

—Capitán, ¿esa mujer será acaso Teresa? le preguntó Arturo.

—Y cómo sabeis que se llama Teresa? interrumpió el capitán alarmado.

—Ella me lo dijo....

—Pero de qué manera?

—Bailé con ella; me interesó su rostro pálido, y su desgracia.....

—Le dijisteis por supuesto que la amabais? interrumpió Manuel con muestras de cólera.

—Oh, no haya cuidado! continuó Arturo sonriéndose; yo no tuve valor para decirle nada: es de aquellas mujeres con quienes no puede divertirse nadie.... Y por otra parte, sería ya el extremo de la inconsideración, el que yo tratara de enamorar á vuestras dos novias. Quedaos, pues, con la interesante Teresa, y dejadme habérmelas con la ligera é inconsecuente Aurora.

—Gracias; me habeis tranquilizado enteramente. Si en vez de la cáliga de Aurora hubiese sido la de Teresa, creedme, os hubiera matado en el mismo teatro.

—Pero decidme algo de vuestros amores con Teresa, ahora que ya me intereso como un amigo.

—Perdonadme, pero es imposible por hoy; dentro de dos días todo lo sabreis, y acaso necesitaré de vuestra ayuda.

—Muy bien: contad conmigo, le contestó Arturo, tendiéndole la mano; y ahora, continuó, ya que nos hemos entendido, os diré, que saliendo del baile tropecé con una muchacha como un ángel, que me pedía imosna; la seguí, y me encontré con que vivía en un cuarto miserable, y que su padre y su madre estaban enfermos en cama y muriéndose de hambre. Natural-

mente me dieron lástima; les dí el dinero que tenía en los bolsillos, y dejé á la muchacha un hermoso prendedor de brillantes que me había prestado un amigo. A decir verdad, no estoy enamorado de la criatura; pero me inspira tanta compasión, que deseo hacerle todo el bien posible. Venirse á pelear por frioleras cuando tiene uno tales asuntos, es cosa triste; y este es el motivo porque me habeis visto tan prudente; de lo contrario, nos habríamos roto la cabeza probablemente.

—Ya que poco mas ó menos sabemos nuestra historia, es menester que seamos amigos. Cómo os llamais?

—Arturo H\*\*\*

—Venga esa mano, Arturo.

—Perfectamente, Manuel; desde ahora te considero como mi mejor amigo, me gusta tu carácter.

—Y á mí tu excelente corazón, Arturo, contestó el capitán. Dentro de dos ó tres días sabrás todos mis amores, y toda mi vida; por ahora despediremos un coche, y en el otro nos iremos al Progreso á comer y á beber una copa de champaña juntos.

—Feliz idea! pero yo soy quien te convida, dijo Arturo.

—Imposible! replicó el capitán. Hace tres días que he recibido mi paga; hoy solo tengo una onza en la bolsa, y es fuerza que acabe con ella: así lo hago todos los meses. Tres ó cuatro días fumo puros habanos de á dos reales cada uno, bebo buen vino, ceno en las mejores fondas, y me habilito de ropa. El resto del mes ni fumo ni bebo, y solo como lo necesario; la

ropa la vendo en la mitad de lo que me costó, y ocurro á los usureros. Todo esto, Arturo, continuó tristemente Manuel, es por la falta de una mujer á quien amar. Si Teresa hubiera sido mi esposa, indudablemente hubiera yo sido un buen muchacho; pero como he sufrido tanto, necesito distraerme.....

—Cabeza desatornillada, dijo Arturo, como la mía; pero yo ahora comienzo; veremos cómo acabamos.

Los dos amigos subieron en uno de los simones, y se dirigieron al Progreso.

Luego que llegaron á la fonda, mandó el capitán al criado á comprar un peso de los mejores puros habanos, y pidió de los mas exquisitos vinos. Los dos amigos comieron alegremente, discurrendo teorías y sistemas para enamorar á las mujeres; y cuando se levantaron de la mesa, el capitán preguntó cuánto importaba la comida; le contestó el criado que doce pesos: el capitán tiró sobre la mesa los doce pesos y dió dos al criado. Al salir, un limosnero se acercó á él, y le pidió un medio para comer; el capitán sacó dos pesos y los echó en el sombrero del mendigo: el mendigo abrió tamaños ojos, tomó las monedas, las besó varias veces, y cayó de rodillas: no podía creer lo que le pasaba; para un mendigo dos pesos era una fortuna.

—Levántate, buen viejo, le dijo el capitán, y no te arrodilles mas que ante Dios.

—Mira, Arturo, este limosnero es hoy mas rico que yo. He concluido con mi paga; ahora, Dios dirá.

—Capitán, toma entretanto la mitad de lo que tengo, le dijo Arturo dándole un par de onzas.

—Te he convidado acaso para que me pagues con usura la comida, Arturo? le dijo Manuel con seriedad.

—Es que.....

—Cuando necesite, sé que puedo contar con un amigo. Por ahora he comido, tengo que fumar, he hecho á un limosnero feliz, y voy á ver á mi Teresa; nada mas necesito.

Luego que Arturo se separó de su original compañero, se dirigió á su casa, y con el rostro radiante de alegría, se introdujo á la recámara de su madre. Era esta una excelente señora de mas de cuarenta años de edad, y de rostro extenuado, á consecuencia del estado habitual de enfermedad en que quedó desde que dió á luz á su hijo único.

El padre de Arturo era un hombre de mas de cincuenta años, que habia pasado por todas las alternativas de la vida, y que al fin habia logrado hacer su fortuna con las especulaciones de créditos del gobierno; mas la manía de meterse en negocios, no le abandonaba, y todo el dia lo pasaba en la Lonja, en Palacio y en la calle de Capuchinas, que, como todo el mundo sabe, es en donde viven los banqueros de México, y en donde se fraguan los negocios de mas importancia, y acaso tambien las revoluciones que en momentos cambian la faz política del país. En cuanto á la madre, siempre doliente y disgustada, se habia retirado completamente de la sociedad, y solo de vez en cuando se la veia salir al paseo en su elegante carretela inglesa; pero por el tápalo de lana y el peinado con que abrigaba su cabeza, en la languidez de sus

ojos y en lo extenuado de su rostro, se reconocia al momento que no era una de esas señoras que, á pesar de sus años, pretenden brillar como las jóvenes y competir con ellas; sino una mujer que por medicina y por distraccion salia á tomar el aire saludable del campo. Como Arturo se habia separado muy pequeño de su lado, y permanecido muchos años en Inglaterra, el afecto de la madre se habia debilitado; mas apenas lo vió de nuevo, cuando su cariño maternal renació con mas fuerza y vigor, y se propuso conservar su salud, y vivir solo para amar á su hijo: el corazon de una madre encierra siempre un tesoro de amor, que no se agota ni aun en la orilla de la tumba.

Apenas la pobre madre vió entrar á su hijo, cuando su rostro se animó con una expresion indefinible de alegría, y sonriendo le tendió la mano.

—Vengo lleno de contento, madre, le dijo Arturo besándole la mano. He hecho hoy, si se quiere, una calaverada; pero una calaverada en orden.

—Qué has hecho, Arturo? Cuéntame, dijo la madre algo alarmada: me has tenido con sumo cuidado, pues has entrado muy tarde, y ni siquiera veniste á saludarme.

—No hay cuidado, madre. Lo que he hecho es socorrer liberalmente á una linda muchacha que estaba en la miseria.

—Arturo!

—Te lo contaré todo, y quedarás contenta. Quiero que busques una vieja que la acompañe, que mandes cualquiera de esos médicos que te sacan tanto dinero

para no aliviarte nunca; en fin, que tomes bajo tu proteccion á esa jóven.

—Arturo! esto es demasiado, dijo la madre algo enfadada.

—Por qué, madre? le preguntó Arturo abrazándole la frente.

—Porque... porque... en fin, una proteccion tan decidida á una muchacha, no puede menos de ser peligrosa....

—Oh! no creas que hay nada, mas que un deseo de hacerle bien. Pero, en fin, ahora me voy al teatro, y oportunamente te contaré todo lo que me ha pasado. Te vas á divertir; es una novela: *desafio, enfermos, una flor*....

—Desafio! dijo la madre poniéndose pálida.

—Que terminó en una espléndida comida.

—Bendito sea Dios! murmuró la madre en voz baja.

—Adios! Adios, madre!

Arturo salió de la sala brincando y tarareando una aria de la *Sondambula*, mientras la madre, mirándolo con ternura, le enviaba su bendicion.

Arturo no quiso decir á su madre todo lo relativo á Celeste, pensando que si al dia siguiente le enviaba los auxilios prometidos, devolveria naturalmente el alfiler de brillantes.

En el teatro vió á Aurora en un palco, vestida sencillamente con un traje blanco, y una flor prendida en el pecho. Toda la noche Arturo dirigió el anteojo á la jóven; esta se dió por entendida, y pagó la galantería con algunas miradas y sonrisas. Arturo era tan

feliz, que se olvidó completamente de Celeste y de Teresa. Esa misma noche tomó la pluma y le escribió:

«*Señorita*: Es fuerza que declare á vd. de nuevo mi pasion; los desdenes de vd. no han hecho mas que aumentar mi amor; he obedecido á vd., y el capitán y yo hemos quedado amigos. Deme vd. alguna esperanza que mitigue mis tormentos; seré el esclavo de vd., amaré á vd. sola en el mundo, será vd. la dueña de mi corazón, la señora de mis pensamientos, mi universo, mi diosa, mi ángel en la tierra. Lo que siento en mi corazón, no es amor, es fuego que quema mi sangre; mis tormentos son crueles, é imploro su piedad y compasión. No sea vd., pues, insensible, y tenga la bondad de contestar dos letras á quien la amará mas allá de la tumba.—A.»

Esta amorosa misiva fué envuelta en una cubierta perfumada, y al día siguiente, luego que Arturo se levantó, se fué á la casa donde la noche antes le habían dicho que vivía la muchacha. Buscó al cochero, el cochero á la recamarera, la recamarera á la costurera de la niña, y la carta fué encaminada á su dueño por estos seguros conductos: ya se deja entender que el jóven gratificó liberalmente á estos agentes. Concluida esta importante operacion, Arturo volvió á su casa; se puso una elegante bata de cachemir y seda, un gorro griego, y se sentó al piano á estudiar *La Bohemian Girl*, ópera nueva que había sido representada mas de sesenta veces en Inglaterra.

No hacia media hora que Arturo se había puesto á tocar, cuando le avisaron que le aguardaba un caba-

llero: Arturo se dirigió á su cuarto, y se encontró con Rugiero.

Este, despues de saludarlo, miró con sus ojos de ópalo á la camisa de Arturo, y sonrió maliciosamente.

—Cabalmente deseaba que viniérais, le dijo Arturo algo embarazado; porque el fistol se me ha perdido, y deseo saber el precio....

—De veras se ha perdido? preguntó maliciosamente Rugiero.

—Positivamente, respondió el jóven con seriedad.

Entonces no hay cuidado, lo encontraremos, pues en cuanto al precio... es muy subido. Figuráos, Arturo, que pertenecía á un virey de Egipto.... Pero con un amigo nada se pierde; tranquilizáos, Arturo; eso es poca cosa, y no merece que hablemos mas sobre el particular.

—Eso es imposible, dijo Arturo; yo no podré estar tranquilo si no pago ese prendedero, aunque fuera necesario vender hasta mi camisa....

—Pero... de verás se ha perdido? volvió á preguntar Rugiero, con un tono muy marcado de duda.

—De veras, contestó Arturo algo cortado.

—Pues en ese caso haremos una cosa, puesto que absolutamente quereis pagármelo.

—Cuál?

—Esperemos quince días. Si espirando este tiempo no parece, entonces diré el precio, y nos conveniremos.

—Muy bien, dijo Arturo; quedo satisfecho con esto.

—Hablemos ahora de otra cosa.

—De lo que queráis.

—Cómo ha ido de campañas amorosas, de desafío, de todo?

—Perfectamente, respondió Arturo, alegrísimo; voy viento en popa.

—Lo celebro; pero os diré, jóven, que no es oro todo lo que reluce.

—Por qué?

—Quereis acompañarme esta noche?

—Adónde?

—Ya lo sabreis; tendremos aventuras, aunque no sé si tan divertidas como las del baile.

—Estoy listo... ¿A qué horas?

—A las nueve de la noche estaré aquí.

—Muy bien.

—Llevad algunas armas; como por ejemplo, un baston con un grueso puño de plomo, ú otra cosa semejante.

—Es cosa de campaña? preguntó Arturo.

—No, precisamente; pero acaso tendremos que retirarnos tarde, y por los barrios de México no es muy acertado el andar sin armas á deshoras de la noche.

—Muy bien, á las nueve os aguardo; y tengo positivamente curiosidad...

—Ya vereis, será una cosa muy divertida, le dijo Rugiero, sonriendo irónicamente y despidiéndose.

A las ocho de la noche, un hombre buscó á Arturo; era el cochero de Aurora, que le traia la contestacion: Arturo, lleno de sobresalto y ansiedad, entró á su cuarto á ver la carta; el corazon le latia violen-

tamente, y por su frente y manos corria un sudor frio.

Abrió la carta, y vió que era la misma que él habia enviado á la muchacha, y la cual no habia sido aún leida, pues estaba pegada con la oblea.

Arturo se quedó petrificado; llamó al cochero, y le hizo mil preguntas; pero no recibió mas contestacion, sino que la niña la habia dado á la costurera, esta á la recamarera, y la recamarera á él, la cartita que le habia entregado en respuesta á la suya. Arturo despidió al criado, y luego que estuvo solo hizo mil pedazos la carta, y arrojándolos al suelo, los pisoteó; despues, en alta voz y como frenético, llamó á Aurora frívola, inconsecuente, ingrata, coqueta; maldijo su estrella: renegó de todo el sexo femenino, y se echó despechado en su catre, pronunciando el nombre de Aurora, y diciendo: la amo, la adoro siempre!

Rugiero entró á la hora convenida, y en el momento en que vió á Arturo en tal abatimiento, y en que observó que sus ojos estaban algo húmedos, se echó á reir á carcajada abierta.

Arturo se incomodó un poco; pero no queriendo sacrificar su amor propio contando su derrota, disimuló, diciendo que tenia un dolor de cabeza, y levantándose de la cama se vistió y salió en union de su compañero.